

El centro de Medellín: vivencias de tiempos idos

Marta Alicia Pérez Gómez

Muy pequeña llegué a vivir a Villanueva, un barrio de la zona céntrica de Medellín, vecino del barrio Prado (hoy Prado Centro), a una casa cuyo piso era de baldosas amarillas y verdes, que en sus habitaciones pasaba a ser de cemento pintado de rojo oscuro. Quedaba en una esquina de la carrera Palacé, desde donde veía florecer cada cierto tiempo un árbol, un fascinante árbol de flores amarillas que brillaban con el sol. Luego supe que ese árbol que yo miraba extasiada se llamaba guayacán y que a veces, en otras calles, tenía flores moradas, un color sobrio y triste, no por eso menos bello, pero tan diferente del resplandeciente y ardoroso que contemplaba desde la ventana de la sala de mi casa.

En las tardes la ventana permanecía abierta porque ahí, en un sillón de la sala, se sentaba mi abuelo para conversar con la gente que pasaba y quizás para distraer el tiempo y alejar de su mente la idea de la muerte porque amaba la vida y la charla. Cuando empezaba a narrar sus historias pedía un tinto para “humedecer la palabra”. Su tema preferido era la Guerra de los Mil Días, en la que decía haber participado; y al ser interrogado por sus medallas o por las cicatrices de sus heridas, respondía muy ufano: “Mi campaña fue corta, pero gloriosa”.

Como vivíamos al frente del Seminario Mayor (o Conciliar), hoy convertido en centro comercial, recuerdo que una vez el abuelo, ebrio y perdido, le dio varias vueltas a la manzana del Seminario, y al abordarlo, extrañados por su conducta, nos dijo que ¡estaba buscando la casa! Un recuerdo de esos que se adhieren a la memoria, como otro, cuando a mi mamá

la persiguió un novillo (ella decía que era un toro) por la avenida Echeverry, y de no ser por los vecinos, que acudieron en su ayuda, la alcanza. ¡Una escena inaudita! Pero era otra Medellín, la de los años cincuenta, casi una aldea, en la que las puertas de las casas que tenían contraportón podían permanecer abiertas, también las ventanas; y los animales andaban a sus anchas o se les escapaban a quienes los traían para la Feria de Ganado.

No puedo negar que había ladrones que, en un descuido de los dueños de casa o de la empleada del servicio mientras barría la calle, entraban por las puertas abiertas, se robaban los vestidos de los señores, a pesar de estar guardados en los escaparates que abrían en un increíble, eficaz y rápido gesto de osadía, y hasta los televisores de la sala, pues ya Rojas Pinilla había traído la televisión al país en 1954, y era una novedad que congregaba a quienes no la tenían, en las casas de los vecinos pudientes.

A riesgo de hacer la pintura de una ciudad idílica, que no lo es ni lo fue nunca, puedo afirmar, sin embargo, que Prado y Villanueva eran barrios tranquilos donde los niños y adolescentes andaban en patines y montaban en bicicleta sin peligro de ser atropellados y conversaban en las puertas de las casas hasta el anochecer.

Hablo de estos barrios porque por su cercanía con el centro estaban integrados a él y desde ellos se iba a pie a sus lugares más representativos como la carrera Junín, la avenida La Playa, el Parque Bolívar y su catedral, famosa por su construcción en ladrillo; a la Plazuela

Nutibara y al Parque Berrío, estos últimos, ejes de los bancos, de los negocios, y sedes de las oficinas del Gobierno.

Ahora me voy a referir a esos lugares, y a otros considerados el corazón de Medellín, con el relato de algunos episodios que aún conservo en mi memoria:

Yo iba con frecuencia al Banco de Londres, una preciosa edificación de estilo republicano, que ostentaba una monumental fachada de cuya parte superior pendían dos imponentes águilas en actitud de vuelo. Cuando iba a visitar a mi papá, que trabajaba allí, no podía dejar de mirarlas, porque, aunque las sentía amenazantes, eran muy hermosas. Con la demolición del edificio me dañaron el recuerdo. En su reemplazo, construyeron otro, sin gracia, y, además, con el paso del metro, ese sector de la carrera Bolívar adquirió un aire de callejón oscuro.

Las colegialas salían en las tardes, aún con su uniforme, a pasear por Junín —lo que llamábamos “juniniar” —, y regresaban a sus casas entre ruborizadas y felices, después de escuchar los piropos de los jóvenes y también de los hombres mayores.

Las señoras iban de compras (en ese entonces se decía que iban al comercio) a *Parisina*, el almacén de telas de don Jesús Posada, en la carrera Junín, y a los establecimientos del Parque Berrío, y las más rebuscadoras, a Guayaquil. Una costumbre muy particular era salir a ver vitrinas; una muy famosa era la del Edificio Fabricato, en la que se exhibía lo último en moda. El edificio luego se hizo tristemente célebre por un crimen que se cometió allí.

Las familias de Prado, Villanueva y otros barrios en los alrededores del centro iban a misa a la Catedral Basílica Metropolitana (y luego se quedaban en la retreta en el Parque Bolívar), a la Basílica Menor de Nuestra Señora de la Candelaria, asimismo a la iglesia de la

Veracruz y a la de San José. El centro de la ciudad era en ese entonces el escenario de la religiosidad de los habitantes de Medellín, que vio desfilar por sus calles las procesiones de Semana Santa y la del Sagrado Corazón, que hábilmente dirigía un pintoresco personaje de la burguesía, de nombre Francisco Javier Ospina Ospina, a quien llamaban “el Mono Procesión”. Según afirma Sergio Esteban Vélez, columnista del periódico *El Mundo*: “Su apodo alude a su pelo rojo y a que, durante muchos años, fue él quien se encargó del orden y la logística de las famosas procesiones del Sagrado Corazón de Jesús, que eran el gran evento anual de la pequeña y pueblerina Medellín”.¹

Están muy presentes en mis recuerdos la procesión del Domingo de Ramos y la del Viacrucis, llamada “Procesión de once” que, en su recorrido matutino, salían de la iglesia de la Candelaria. En esas ocasiones mi mamá me llevaba de la mano, porque los desfiles eran multitudinarios, y yo sufría indeciblemente, pues por ser aún pequeña, en el apretuje quedaba a la altura del trasero de las señoras, que usaban calurosos vestidos de paño del tradicional estilo sastre, de color negro o azul oscuro, lo que aumentaba el sofoco, y cuyas faldas olían a naftalina, quizás porque apenas las desempolvaban cada año para lucir en esta ceremonia y presumir de su elegancia ante el Señor.

También recuerdo la del Santo Sepulcro, que se realizaba por la noche y pasaba por la carrera Junín, escoltada por los llamados “Caballeros del Santo Sepulcro”, de quienes hace mofa Gonzalo Arango en su escrito: “Medellín, a solas contigo”.² Ya había estallado el movimiento nadaísta (1958), y en todo el centro de Medellín, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, los nadaístas sabotearon el Congreso de Escritores Católicos y más tarde cometieron un sacrilegio en la Catedral Metropolitana (1961): “al clausurarse la Gran Misión Católica que por aquellos años había recorrido el país, comulgaron y guardaron las hostias en un li-

bro, lo cual suscitó el furor de los fieles, quienes estuvieron a punto de lincharlos”.³ Dicen que uno de ellos tiró la hostia al suelo y la pisó.

El centro evoluciona, y con este episodio mi visión infantil queda atrás. Empiezo a buscar respuestas en los amigos, pero sobre todo en los libros y en el cine. Libros que se conseguían en las librerías del centro, y películas que se proyectaban en los teatros del centro, cuyos horarios se expresaban con estos vocablos: matinal, matiné, vespertina y noche. Mis recuerdos también evolucionan, pero vuelven a uno muy antiguo, a la primera película que vi (me llevó mi papá): era mejicana, creo que se llamaba *El águila negra* y la proyectaban en un teatro hoy desaparecido, como casi todos los del centro de Medellín, el Caracas, que luego se llamó Aladino y que junto con Cine al Día y Cinelandia eran de cine continuo. Y me llevó al teatro María Victoria, que fue semidestruido por un incendio en la década de los 50 y restaurado poco más tarde. Quedaba en la carrera Junín; hoy funciona allí un pasaje comercial.

Otros grandes teatros a los que acudía ya en los años 60 y 70 hacían del centro de Medellín un espacio cultural rico y diverso. Estos eran:

- El Metro Avenida, en la avenida Primero de Mayo, en el que se proyectaban los musicales de la Metro Goldwyn Mayer; allí mi generación se extasió ante los bailes de Gene Kelly y Fred Astaire, con sus parejas Cyd Charisse, Ginger Rogers y Eleanor Powell, y disfrutó con las arias de ópera cantadas por Mario Lanza. Ahora una entidad financiera ocupa su lugar.
- El Ópera, en la calle Maracaibo, al frente de la Librería Aguirre, sala donde se veía el mejor cine europeo. Allí se proyectaron las películas de los directores más prominentes del momento, como Federico Fellini y Michelangelo Antonioni, y el cine de la nueva ola francesa. Hoy es un pasaje destinado a la venta de celulares.
- “El Cid, en la calle Caracas con Palacé, un espacioso teatro de cine con capacidad para 1.200 espectadores que, de forma inexplicable, dejó de existir cuando apenas comenzaba su ciclo de vida”.⁴
- Aún existe el Lido, situado en el Parque Bolívar, en la esquina de Ecuador con Caracas; fue creado en 1945 y para mí era el más hermoso y elegante de los teatros. En un principio, gracias a su acústica perfecta y a la organización Promúsica, fue un magnífico escenario para la realización de conciertos, a los que jóvenes y adultos asistíamos sin falta. Luego lo compró Cine Colombia y cambió su destino musical y de variedades por el de escenario para cine. Gracias a ello, la generación de la época pudo ver casi todas las películas del gran director sueco Ingmar Bergman, y apreciar el magnífico cine de suspenso de Alfred Hitchcock; y un público más popular pudo gustar de la actuación de Cantinflas y las canciones de Sarita Montiel. En las décadas del 50 y del 60, el Lido vivió su época de esplendor, pero en los años 80 empezó su decadencia, quizás por los mismos motivos que han llevado al cierre de los demás teatros. Hoy el Municipio se ha encargado de su recuperación y de la restauración de su hermosa arquitectura.
- Mención aparte merece el antiguo y grandioso Teatro Junín, edificación contigua al Hotel Europa, con un aforo de 4.000 espectadores, en el que además de cine se presentaban óperas y zarzuelas. Recuerdo haber visto allí una de las primeras películas colombianas: *Semáforo en rojo* (1964), con Lyda Zamora, y películas mexicanas con actrices inolvidables como María Félix y Libertad Lamarque y actores como Jorge Negrete y Pedro Infante, de gran aceptación popular. Inaugurado en 1924, fue demolido en 1967 para dar paso al Edificio Coltejer, que albergó dos salas de cine con el mismo nombre de Junín, que luego desaparecieron.
- Hubo, además, dos salas de cine entrañables: el Libia y Cine Centro, dignos sustitutos.



tos del Cineclub de Medellín (creación de Alberto Aguirre, que funcionaba en el Teatro Colombia, unas cuadras arriba del centro), y de la cinemateca El Subterráneo, que no operó en el centro sino en El Poblado y luego en Suramericana. Digo sustitutos porque, al igual que en estos cineclubes, su objetivo no era el lucro sino el arte, y su propósito, ofrecer a los espectadores un cine de calidad. Allí se pudieron ver las películas de Ingmar Bergman, Luis Buñuel, Luchino Visconti y esas maravillas del neorrealismo italiano: *Ladrón de bicicletas* y *Humberto D.*, de Vittorio De Sica.

Esta enumeración de las salas de cine me ha dejado un sabor entre dulce y amargo. Dulce, porque en mi adolescencia y juventud pude disfrutarlas, y amargo, porque ya no están y, aunque ahora hay otras en la periferia, su cartelera es muy pobre y se repite en casi todas. Sin embargo, en pleno centro, en El Palo con Maracaibo, hay una afortunada excepción: la cinemateca del Colombo Americano, dedicada al cine arte.

Olvidaba mencionar el cine porno, género de antiguo disfrute y de taquilla siempre colmada. En el centro de Medellín lo proyectan dos teatros de vieja data: el Sinfonía, en la carrera Sucre, y Villanueva (antiguo Guadalupe), en la carrera Bolívar, que curiosamente en la Semana Santa cambia sus películas triple X por el cine religioso de la vida de Jesús. ¡Oh, mi querido centro, pasan los años y aún te cobijas en la moralidad paisa!

Esto me hace recordar una graciosa anécdota de tres señoras madres de familia que yo conocí, ya entradas en años, muy decentes y católicas ellas. Al consultar la cartelera de cine, un título les llamó la atención: *Cuando las colegialas crecen*, y se fueron a un teatro del centro, creo que era el Metro Avenida de principios de los años 70, a ver la película porque, según su creencia, debía tratarse de cuando las niñas

empiezan a conseguir novio, pero la sorpresa que se llevaron fue mayúscula: ¡Era un porno famoso en la época!

El lío fue que no se atrevían a salir del teatro porque en esa Medellín de entonces, tan pequeña y provinciana, las podría ver alguien conocido. Entonces, hasta que se decidieron a abandonar la sala, optaron por cerrar los ojos. Ya en la fila para entrar habían notado que estaba compuesta solo por hombres que las miraban raro, pero como ignoraban lo que iban a ver, no les importó mucho; sin embargo, la salida por la tarde, en pleno centro de Medellín, era otra cosa.

Un teatro del que no lamento su desaparición, fue el Odeón, en la calle Caracas, porque, aunque presentaba buenas películas, al final —poco antes de su extinción—, el desaseo y el deterioro hacían imposible la asistencia. Las ratas y las cucarachas se paseaban por entre las piernas de los espectadores. ¿Una premonición o un adelanto de lo que le esperaba al centro de la ciudad?

Y sigo con el trágico inventario: ya no existen las surtidas librerías que tenían sus locales en el centro, como la Aguirre, situada primero en la calle Maracaibo, y luego en Sucre, de propiedad de Alberto Aguirre y manejada por la inolvidable Aura López; la Continental, de propiedad de don Rafael Vega, que funcionó primero en la esquina de Junín con La Playa, regentada entonces por su hijo Juan Guillermo Vega, que había hecho estudios de Librería en España y lamentablemente falleció muy joven, y luego por sus hijos Fernando y Gonzalo, cuando se trasladó a la esquina de Palacé con la avenida Primero de Mayo; la América, de propiedad de don Jaime Navarro, administrada por sus hijos Fernando e Inés Elvira, que encontrábamos en el Pasaje Boyacá, al lado de la Librería Científica. Hoy, milagrosamente, la América subsiste en el mismo lugar y Fernando no piensa irse de allí. Su vecina, la Cientí-

fica, cambió de zona y habitó durante varios años en un centro comercial en el occidente de la ciudad, pero ahora, tristemente, se encuentra en liquidación.

Tampoco está la Librería Nueva, “fundada en 1926 por don Luis Eduardo Marín. Inicialmente ubicada en Boyacá con Carabobo, más adelante se mudó al que era considerado centro cultural de la ciudad: la carrera Junín. La familia Marín tuvo que vender la librería a mediados de los años 70. Les fue imposible sostenerla y fue comprada por Hernando Donado, quien además había fundado la Científica y venía de trabajar en la Librería Técnica, propiedad de su padre”.⁵ Una vez más se enfrentó al cierre, así como otro librero, el de Mundo Libro, en La Playa con Girardot, a quien conocí cuando era casi un niño, en la Continental, y al que familiarmente llamábamos “Pacho”.

¿Y cómo olvidar la Librería Abi Lerner? Ubicada en el pasaje Veracruz, muy cerca de la parroquia del mismo nombre, se especializaba en la venta de libros de marxismo que hacían furor en los años 60 y 70. *El manifiesto del partido comunista*, de Carlos Marx y Federico Engels; *El derecho a la pereza*, de Paul Lafargue, yerno de Marx; y autores como Marta Harnecker, con su famoso libro *Los conceptos elementales del materialismo histórico*; Louis Althusser, con *Para leer el capital* y *La revolución teórica de Marx*; y Lenin, Trotsky y Mao Tse-Tung eran lectura obligada de los estudiantes de la época. Pero con el ocaso del socialismo, y, sobre todo, del centro de Medellín, fue otra de las librerías que cerró sus puertas.

En diciembre del 2015, la Librería Palinuro, “de libros leídos”, no aguantó más, abandonó el centro y se instaló en el sector del Estadio. En su partida, Luis Alberto Arango, su amable y sabio librero dijo: “El centro ha perdido seguridad, a la gente le da susto venir porque de pronto le roban; está feo, ha perdido la belleza; y súmele que hay arreglos de alcantarillado por

todos lados, por lo que venir es todo un lío”.⁶ Ya también se había ido Juan, el de Los libros de Juan; y en cierto modo, la Anticuaria, —la primera librería “de viejo” o de libros leídos que se abrió espacio en la Medellín de 1960—, que yo conocí en Palacé, entre Perú y Caracas, y aunque subsiste en la Plazuela San Ignacio, con la muerte de Don Amadeo Pérez, el librero español que la fundó, ha perdido protagonismo.

Fue así como comenzaron a desaparecer del centro de Medellín los teatros y las librerías, asimismo los lugares de reunión y los restaurantes. El punto donde departía la elite y se fraguaban los negocios, y en el que los jóvenes de la clase media y alta se divertían en las “empanadas bailables” amenizadas por los Teenagers, el “loco” Quintero y por grandes orquestas como la de Lucho Bermúdez y la de Pacho Galán, el Club Unión, se convirtió en los años 90 en un centro comercial y su sede se trasladó para El Poblado.

De los restaurantes y reposterías de aquellos años, solo quedan: Versalles, con sus tradicionales empanadas argentinas y el jugo de mandarina exprimido al natural —no de pulpa—, y el Astor, que en los años sesenta quedaba al lado del Club Unión y luego se pasó para la acera del frente, siempre en Junín. Allí, en el Astor, las señoras que en esa época aún no tenían miedo de engordar, se reunían con sus amigas a tomar el té, acompañado por los famosos “moros” y remataban con una gran copa de helado. Había quien prefería los pequeños sándwiches de huevo o de jamón, que venían cubiertos de gelatina sin sabor, y de postre un esquimo de vainilla con chocolate. Un regalo para llevar a una invitación era su exquisito bizcocho de chocolate, diseñado en forma rectangular. No hay duda de que estas delicias para el paladar todavía existen allí (¡No todo está perdido!), pero las traigo a colación como recuerdo de las costumbres de quienes frecuentábamos el centro en los dichos años 60.

Hace mucho, pero mucho tiempo, no está La Suiza, que quedaba en Caracas entre Junín y Palacé y vendía unas delicias de roscas con crema inglesa que aún ahora, al evocarlas, se me hace agua la boca y pienso en las “magdalenas” de Proust. No existe ya la heladería Santa Clara, propiedad del “loco” Jaramillo que, si mi memoria no está alterada, quedaba al lado de Versalles; ni la heladería San Francisco, en el Parque Bolívar. Tampoco está Donald, al pie del hotel Europa (demolido), donde se reunían los intelectuales a discutir sus teorías, ni el Metropol, en Junín con Caracas, en el que mandaban la parada las carambolas del billar, ni tampoco un local aledaño —en la esquina— que se quemó.

Olvidaba que tampoco existe en el centro El Colmado, que vendía unos apetitosos perros calientes. Al venir caminando desde la Plazuela de San Ignacio, donde quedaba la Universidad de Antioquia, o más arriba, desde Estudios Generales, o desde la Bolivariana, los estudiantes nos deteníamos allí para calmar el hambre y luego pasábamos a mirar libros en la librería vecina, la Continental de Junín con La Playa.

Creía que aún existía el Club Maracaibo, lugar de reunión de los ajedrecistas, por el que pasaron maestros como Carlos Cuartas, Oscar Castro, y Boris de Greiff, pero no pudo sostenerse y se fue del centro.

¿Nostalgia? ¿Parece que se cumpliera el tan manido dicho de que “todo tiempo pasado fue mejor”? Sin embargo, nada más lejos de mí que hacer apología del pasado, pero es preciso reconocer que, como lo leí en *El Tiempo* a propósito del cierre de la Librería Nueva: “Con el paso de los años, la ciudad continuó con su transformación. El centro cambió de público, comenzaron a desaparecer librerías y teatros, así como importantes edificios y lugares representativos y esa transformación no solo se llevó los edificios, también se llevó la cultura que había en la ciudad”.⁷

¿Qué sucedió en tan pocos años? ¿Que llegó el “progreso” y mandó a parar!, como diría la canción cubana: “Se acabó la diversión, llegó el Comandante y mando a parar”.

¡Ese progreso de los paisas, que desde tiempos inmemoriales destruye lo antiguo y valioso en aras de lo nuevo!

A finales de los años 60, casi a comienzos de los 70, fui testigo de la construcción de la avenida Oriental, que partió la ciudad en dos. Por esa razón los habitantes del viejo Prado, al verse alejados del centro, de sus lugares habituales y presenciar su deterioro, se empezaron a ir a otros sitios. Lo mismo sucedió con las oficinas de gobierno y con la oferta de vivienda, que dejó de ser atractiva. Con la Oriental tumbaron la casa de mi infancia, la de Palacé, además muchas casas vecinas, y varias de la avenida La Playa, pero el mayor crimen “de lesa arquitectura” fue la demolición del Palacio Arzobispal (antes residencia de José María Amador) situado en la carrera Unión con La Playa. Y cosa curiosa: la carrera Unión también desapareció.

La debacle que significó la Oriental nos obligó a buscar una nueva casa, y como no queríamos alejarnos del lugar en el que habíamos construido nuestra vida, mis papás encontraron una casa en Prado, nuestro barrio vecino. Una casa vieja, sencilla, muy distante de las mansiones tradicionales de su parte alta, pero muy bonita, de piezas en galería y con papel de colgadura en sus paredes, baño de inmersión y patios. Pero el barrio cambió, el centro se transformó, los vecinos eran otros y entonces, a comienzos de este siglo, hicimos lo mismo que las otras familias, lo dejamos. Esa casa aún existe, pero le sucedió lo que a muchas de Prado, que a pesar de ser declaradas patrimonio, se volvieron inquilinatos.

Una muestra de lo que se veía venir para Medellín sucedió en la parroquia Los Doce Apósto-

les, en la celebración de la misa de entierro de un sicario, al que sus amigos, en un patético gesto, sacaron del ataúd, sentaron su cadáver en una banca de la iglesia, y obligaron al sacerdote a darle la comunión. Era la misma parroquia que a mediados de los años 60, en un pequeño auditorio, programaba cine foro para los vecinos. Recuerdo haber visto allí de joven, *Esplendor en la hierba* y *West Side Story*, ambas con Natalie Wood; la misma donde se celebraban los famosos rosarios de la aurora durante la Gran Misión, en 1960, esa que fue objeto de ataque por los nadaístas.



Jorge Alonso Zapata. *Venta callejera*. Acrílico sobre papel. 25 x 35 cm. 2011

Era un hecho que en la ciudad todo había cambiado. El centro lo tomaron otras instancias, otros oficios, y Medellín, por su fama de innovadora y de caritativa, se llenó de gente, tanta y con tantos problemas de subsistencia, que busca solución en el empleo informal, en las ventas ambulantes y piratas, en la limosna, e incluso en la ilegalidad y en el robo. Ahora no es posible, como antes, tener las ventanas abiertas y conversar con los que pasan, como lo hacía mi abuelo (en ellas y en las puertas tenemos rejas). Y se llenó de carros y motos, tan numerosos y apabullantes, que hoy sería muy difícil, casi que imposible, que un novillo persiguiera a alguien por la calle. Esas calles en las que florecían guayacanes ya no existen, están atestadas de carros, de gente, de mucha gente, el aire ya no es limpio y reinan el despojo y la desmesura.

Notas

1 Vélez. S. E. (2011). "El Mono Proceso", en: Periódico *El Mundo*, 27 de abril, Medellín, disponible en línea: elmundo.com/portal/opinion/columnistas/el_mono_procesion.php

- 2 Arango, G. (2016). *Obra negra*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit, pp. 158-167.
- 3 Cobo Borda, J. G. (1995). "El nadaísmo", en: *Historia portátil de la poesía colombiana: 1880-1995*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, digitalizado por la BLAA (2005), disponible en línea: www.banrepcultural.org/node/23932
- 4 El Cid fue una "gran sala, con la silletería dispuesta en forma semicircular y ascendente de adelante hacia atrás, en un, para ese entonces, novedoso concepto que permitía a todos los espectadores poder ver con comodidad la pantalla, sin que nadie les "tapara" la visibilidad. Considerada una de las mayores salas de cine existentes en Medellín", en: Recuerdos: Antioquia al día, recuperado de: https://es-la.facebook.com/permalink.php?story_fbid=286408348065289&id.
- 5 "El adiós a una vieja librería: la Nueva", recuperado de: www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16176477
- 6 "Librería Palinuro se va del centro de Medellín", recuperado de www.semana.com/cultura/articulo/libreria-palinuro-se-va-del-centro.../453080-3libid.
- 7 "El adiós a una vieja librería: la Nueva", *op. cit.*

Marta Alicia Pérez Gómez es profesora jubilada de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia. Miembro del comité editorial de la revista *Agenda Cultural*, escribió este artículo para esta edición.